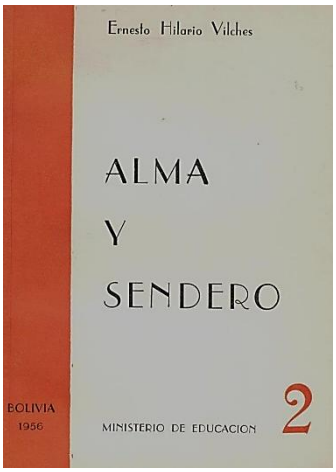


ERNESTO HILARIO VILCHES

ALMA

Y SENDERO

1956

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz- Bolivia

INDICE

Proemio
Dedicatoria del Autor
La Humilde Felicidad
Guerra de dioses
La hilandera de San Benito
La ley de embudo
Milagro de amor
Yene, el niño de las aguas
Resabios burgueses
Sumac Orcko
A Uyuni

PROEMIO

El Ministerio de Educación, por intermedio de su Departamento de Publicaciones y Difusión Cultural, da a la prensa el segundo número de sus "CUADERNOS JUVENILES".

Compone este volumen una colección de relatos pertenecientes al joven obrero ferroviario Ernesto Hilario Vilches.

A través de sus narraciones nos brinda una imagen vívida de los dolores, angustias y esperanzas de los trabajadores del país, cuyos sueños e inquietudes el autor ha compartido durante varios años.

Transidos de sinceridad -y por momentos, de un amor amargo- los relatos de Ernesto Vilches, expresados en directa sencillez, documentan la existencia de un sector del pueblo boliviano que se desvive entre la angustia y la esperanza.

Las ilustraciones de este segundo número de "Cuadernos Juveniles" son debidas a la pluma de Gil Valdez.

A Uyuni, mi Pueblo, en el LXVII Aniversario de su fundación y a todos los trabajadores bolivianos, mis primeros ensayos literarios, con un fervoroso mensaje de trabajo y de fe sagrados destinos.

HUMILDE FELICIDAD

AL norte de Uyuni, a cuatro leguas de distancia más o menos, existe una aldehuela, donde viven numerosas familias de campesinos, dedicados al pastoreo y la labranza. Se llama Ckulla; es lugar preferido por los estudiantes uyunenses, para efectuar sus excursiones, y hay sobradas razones para ello, porque es una región privilegiada del altiplano, por lo pintoresco de sus paisajes, lo benigno de su clima y por sus predios verdegueantes que sólo el crudo invierno empalidece; una cadena de cerros ocres, por el occidente, inclinan reverentes la calva testa ante los dioses tutelares de la pampa, el Thunupa y el Mundo, que permanecen sumergidos en el pasmo cordillerano, enigmáticos e impasibles, envueltos en la bruma azul de la lejanía y del mito andino que aún se respira en esos pobres rancheríos perdidos en la soledad de los senderos; por el oriente las dunas de arena, ora candentes por el sol calcinante del media día altiplánico, ora heladas por el frío siberiano de las madrugadas y los anocheceres, erizan su lomo de híbridas tolas y pajonales que se pierden en la pampa inconmensurable, elevando su triste miserere al soplo del viento; en el plácido refugio de esa hondonada donde se recuestan muellemente chozas humeantes, junto a las pircas y matas de lampazo, se desliza apacible un arroyo cantarino que va ramificándose entre los huertos fragantes a retama y hierbabuena.

Créese que Ckulla, fue en tiempos pasados una importante comunidad quechua. Aun hoy pueden verse extensos campos parcelados que el abandono y la sequedad están esterilizando; innumerables chozas, deshabitadas, con sus corralones llenos de taquia y ucha; en los cerros de enfrente, ruinas enormes de piedra rojiza desafiando al tiempo y al frío glacial de la puna. Y como dando un aliento interior a esa masa informe de cerros, una caverna helada y negruzca que se prolonga quien sabe hasta donde, cerca a los cuales, manadas balantes de ovejas ponen un sello de animación al paisaje soledoso.

Hasta ese lugar frontero entre la pampa y las serranías, llegué una vez en mi peregrinar de maestro, esa circunstancia me deparó la satisfacción de ser partícipe de la vida de los comunarios, durante más de un año; de aquellos días guardo inolvidables impresiones, una de las cuales es esta que voy a relatar.

II

Era la víspera de San Juan.

Pedro Calcina, un campesino ya entrada en años, me había invitado a pasar la velada en su choza. De paso diré que, en la aldea no había corregidor, ni párroco, ni curaca y que él, por su

edad y su prestigio de buen consejero, era considerado por los demás comunarios el principal, cargo honorífico que, sin lugar a dudas, sabía cumplirlo con admirable responsabilidad. Cuando llegué a Ckulla a instalar la Escuela, no había local ni quien lo proporcionara, en contados días él con la ayuda de sus vecinos construyó dos aulas amplias con bancos de adobe y una pieza pequeña para mí. Su interés así como el de los demás aldeanos, por hacer que sus hijos recibiesen la enseñanza en las mejores condiciones posibles, era ejemplar. Bien, aquella noche, mientras a nuestros pies chisporroteaba la tradicional fogata de San Juan, con esa sinceridad que tenía para hablarme de su hogar y de su pueblo, me decía:

-Las luminarias son una antigua costumbre india del tiempo de nuestros grandes abuelos. Dicen que una noche antecitos de la fiesta de San Pedro, la Quilla se apagó y que ni el calor del Inti era suficiente para conservar la vida en la tierra, las piedras se rajaban con el frío, el día era noche lóbrega, moría todo, entonces hicieron fogatas inmensas y caravanas interminables salieron en rogativas por sierras y valles, clamando por la luz de la Quilla sagrada. Dicen que Sa-Man, que es el espíritu del descanso y la calma, devolvió su luz a la luna, después de vencer al frío maligno. Desde entonces hacemos fogatas la víspera de esa noche memorable, para que la Mama-Quilla no se duerma, porque si se durmiese haría un frío tan intenso que todos moriríamos congelados; por eso las fogatas cuanto más grandes mejor, porque así los sembrados, el ganado y nosotros no nos helaremos. Esta fiesta (y la de Pascua de Navidad) es para nosotros la más solemne, porque a la vez que el fuego nos purifica y ahuyenta al genio del mal, nuestros rebaños se multiplican...

Y en verdad, era una fiesta. Hombres, mujeres y niños, en los corrales y en las puertas de sus chozas, formaban grupos bullangueros, circundando las luminarias; traviesos chiquillos, saltaban las fogatas y los más arrastraban leños encendidos por las callejas semioscuras del rancherío, gritando y peleando entre ellos, sin hacer el menor caso del friecillo invernal, del polvo y la humareda con aroma de "ckoa" que se extendía en el ambiente. De pronto la mujer de Pedro, salió presurosa del corral y lo llamó:

-Venite conmigo tata, me invitó Pedro a su vez.

Y le seguí intrigado.

Ya en el corral ví que Juandela, su hijo, había encendido otra fogata pequeña a escasa distancia de una oveja que permanecía recostada contra la pared, balando lastimeramente. Sin decir nada, Pedro se acercó al animal; le palpó el vientre durante un buen rato, luego la levantó en vilo y tras de sacudirla la puso nuevamente en el suelo hablándole con honda ternura. La oveja que, a mi parecer no tenía nada, pareció intranquilizarse mayormente. Por dos veces, Pedro repitió la operación, al cabo de ellas, tras un balido prolongado y quejumbroso ví un crío pataleando en la tierra cubierta de guano y paja. Recién, entonces me expliqué lo ocurrido. Por primeva vez en mi vida, había presenciado el nacimiento de un corderito. EI acontecimiento me emocionó tanto como a los dueños del animal, quienes se habían puesto de rodillas con sendos incensarios en las manos y ckoaban a la Pachamama, balbuciendo fervorosamente palabras ininteligibles. Juandela, feliz, besuqueaba a la oveja la cual le devolvía sus caricias lamiéndole la carita morena y terrosa. Pedro se incorporó y tomando de las manos de su mujer el crío que envolvía en lana, me dijo:

-Sabes tata maestro, la generalidad de las ovejas se alejan del redil para tener sus crías solas en el campo y regresan pasados algunos días; esta oveja era primeriza y como éllas no siempre salvan con suerte el trance era necesario ayudarla; hay veces en que madre e hijo mueren congelados o devorados por el atoj, a falta de cuidado y tú sabes, nuestros animalitos son todo para nosotros.

Estas palabras tan naturalmente expresadas, me demostraron hasta que punto es necesario acercarse al indio, para comprenderlo en su modo de vivir, de pensar y de sentir. Pensaba en eso, cuando distraídamente levanté la mirada por sobre la pampa taciturna y las chozas iluminadas de la aldea, ví, como en una visión, que el horizonte y las laderas de los cerros estaban sembrados de luminarias; entonces imaginé que al lado de cada fogata estarían naciendo

otros tantos corderitos, pequeños y lindos, como el que tenía cariñosamente aprisionado entre las manos.

III

Al día siguiente, mientras mis alumnos, se mojaban de lo lindo en el arroyo, escribí este cuentecico, tratando de encerrar en palabras, de seguro mal hilvanadas, aquella inefable impresión: no sé si lo he logrado, lo que sé decir es que los campesinos de nuestra Patria, son dignos de esa humilde felicidad, porque saben amar su chujlla, su terrazgo y sus animales, con ese amor que agranda el corazón y ennoblece el dolor y el olvido en que vivieron.

Uyuni, 1948.

LA GUERRA DE DIOSES

EN una olvidada comarca del Kollasuyo y en un tiempo lejano que recuerda la leyenda, vivía un pueblo, regido por la sabia doctrina de los Incas: "ama súa, ama llulla, ama ckella". Era un pueblo feliz, de hombres laboriosos y pacíficos que nunca la abundancia de las cosechas ni las riquezas que poseyeron los ensoberbeció jamás. Pero llegó un día en que tuvieron que trocar el arado por la honda y el hacha de la guerra, para preservar la vida y la tranquilidad de los suyos. Sucedió que, una tarde a la hora del crepúsculo en que generalmente regresaban los zagales del pastoreo, Marcial, el más fuerte de los labriegos del lugar, oyó que alguien pedía socorro en el aprisco y los ladridos furiosos de un perro. Temeroso de que estuviese ocurriendo algo grave corrió de prisa hacia el recodo del camino, desde donde vió que su hijo era el que gritaba al ser atacado por un inmenso cóndor. No necesitó ver más. Colocando una piedra en su huaracka, calculó cuidadosamente la distancia y disparó el proyectil que ahuyentó al ave. Corrió junto a su hijo para ver que tenía, y al mismo tiempo, saber la causa de semejante ataque del vultúrido que en vez de llevarse una oveja del rebaño se las quiso entender con el pastorcito. No tardó en saber el motivo. Detrás de Chalco, que así se llamaba el pastorcito, con las patas semiamarradas estaba un pichón de cóndor, del tamaño de una perdiz; era un feote ejemplar de rapaz, las alas grandes y pardas y la cabezota colorada hasta el cuello en el que se adivinaban escasas plumillas. Algunos peones que habían acudido a los gritos, les ayudaron a reunir el rebaño disperso y llevarlo al corral. En el camino Chalco contó lo que había pasado. Regresaba arreando la manada, de pronto, Quisca había comenzado a ladrar inquieto y el rebaño a aglomerarse tímidamente a las rocas. El creyó que algún zorro hambriento merodeaba por las cercanías y preparó su honda. Cuando echó de ver hacia arriba observó que a considerable altura un cóndor volaba seguido de otro más pequeño. Por previsión puso una piedra en su honda, esperando que de un momento a otro descendiera para llevarse una oveja. Tardaba sin embargo. A eso, cuando ya se habían perdido tras los farellones, cayó a sus pies el avechucho al que se apresuró a recoger antes que Quisca lo destrozara con sus filudos colmillos; justamente había logrado amarrarle las patas, cuando el cóndor se había lanzado sobre él como una flecha, dándole tiempo apenas para

introducirse entre las rocas gritando a más no poder. Tardó algunos días en reponerse del susto antes de volver al campo. En cuanto al ave, Marcial que era muy sabido en la cría de esos rapaces, se propuso amaestrarlo, para utilizarlo en las chacras.

La tarde siguiente llovió en forma torrencial. El viento ululaba y su voz parecía repercutir multiplicada en las oquedades de la sierra. El riachuelo se convirtió en una avenida rugiente de agua que arrasaba con las plantaciones. Los aldeanos se reunieron para hacer un cerco de piedras y desviar de ese modo el curso del torrente. Algunos indios, supersticiosos y tímidos se prosternaban en el agua, implorando a la Pachamama; en las chozas las mujeres zahumaban con ckoa y copal a los fenómenos de la naturaleza que ellos consideraban deidades regidoras de la vida y la muerte. Uno de los indios, el viejo curandero, se acercó a Marcial y le dijo que los dioses estaban enojados, por habérseles arrebatado una estrella de su cielo y que era preciso devolverle el alma y la sangre del cóndor, antes que los ríos y los truenos creciesen más. En el rostro de los demás indios que se habían reunido en torno a él, se leía un tácito acuerdo con esas palabras. Marcial se encaminó a su choza y sin decir nada les entregó. Instantes después el pichón moría en manos del brujo y su sangre rociada de chicha upi y unas cuantas hojas de coca se mezclaban con el agua turbia del río que pareció volverse tan manso como antes. Un coruscante relámpago iluminó el espectáculo. Y como si aquello fuera una señal la lluvia fué calmando poco a poco y el viento que rato antes aullaba entre las grietas, apenas si dejaba escuchar su jadeante y débil respiración. Todos los indios se retiraron en silencio y seguros de haber aplacado el enojo de la tempestad.

El nuevo día amaneció tranquilo. Muy de temprano Marcial se había levantado a ver los daños que causara la tormenta en sus sembrados; buena parte de los maizales habían sido sepultados por las piedras y el lodo, el resto felizmente estaba bien. Cuando se iba, su vecino Salustio se le acercó con aire misterioso y le avisó que había escuchado la noche anterior el canto de un gallo, lo que era señal de desgracia. No le dió mayor importancia y con los preparativos de la faena se olvidó del asunto. Ya para entonces la aurora había extendido su dorada y rubia cabellera por las serranías y el ambiente se impregnaba de un delicioso aroma de humedad y flores.

II

Nunca, Marcial, Salustio ni el laicka habían llegado a imaginar que la muerte del avechucho, y tal vez si su inmotivado y vano sacrificio, tuviera tan funestas consecuencias para los comarcanos. Ello desató una guerra a muerte de los indios contra los cóndores, en una lucha desigual y sin tregua.

Durante unos días hubo una calma relativa. Después el cóndor madre comenzó a presentarse diariamente en el pueblo. La mirada triste y fija en un punto conocido del villorio permanecía horas de horas, en una roca cenicienta que caía a pique en el abismo insondable y mudo. De vez en cuando se impacientaba al percibir los aletazos de su crío aprisionado a una estaca en el corralón del rancho de Marcial y levantaba vuelo por sobre las chozas asustando a las ovejas, a los perros y a los chiquillos. El asedio se hizo más constante y los indios al ver que constituía un peligro para todos, trataron de evitar su presencia alejándolo a hondazos cada vez que aparecía. Una mañana lo encontraron muerto al curandero. Entre los indios corrió el rumor de haberlo visto de pie en la roca cenicienta con los brazos levantados en extraña actitud de volar, decían que antes de verse despedazado por el mallcu se había precipitado al abismo, para evitarse una muerte horrible.

Cierta vez Nacha, hermana de Chalco, regresó sola del aprisco con el rebaño de ovejas, más temprano que de costumbre. El sol bañaba con sus postreros rayos el cono más elevado de la sierra y ardía en el horizonte como una hoguera gigantesca. Nacha dijo a su padre que Chalco habíase quedado en la loma buscando su ovejita. Lejos de allí Chalco en compañía de la oveja madre buscaba a Yanita por todas partes. En los ojos acuosos del cuadrúpedo se adivinaba la más profunda angustia. Chalco se desesperaba, corría de un lado a otro, subía las rocas, gritaba llamándola y sólo el eco le respondía. Al fin prendido a unas tolas encontró el cuerpo de su Yanita

con la piel desgarrada y cubierta de sangre. La oveja balaba tristemente. Chalco levantó con cariño lo que quedaba del cuerpecito sedeño y renegrido de Yanita y estrechándolo en sus brazos le decía, mala, malita para que te alejaste de mi lado? y agregaba llorando con desconsuelo, pero yo, yo tengo la culpa de no haberte cuidado!

Y así no pasaba día en que los pastorcitos no lamentaran la desaparición de una o más ovejas; la vigilancia se hizo más estricta tanto en el aprisco como en los corrales, a pesar de lo cual, las pérdidas seguían en aumento.

III

Entonces se reunió el Consejo de los Curacas.

De los distintos ayllus llegaron las principales autoridades con graves noticias que daban cuenta de la situación existente en toda la comarca. El cacique de Tulcha, dijo: Me hago interprete del angustioso llamado de nuestros hermanos de este lado de las montañas, para pedir, igualmente, en deber de solidaridad vuestro apoyo y sacrificio... Nuestros niños y rebaños se ven cada día más amenazados por los cóndores que asolan la región. En dos escasos días hemos perdido más de diez corderos aparte de la muerte de tres pastorcitos. No me concretaré sino a pediros a nombre de esas madres que lloran a sus hijos, que unidos por la sangre y nuestras tradiciones hagamos frente al peligro común que entraña esta grave situación, esgrimiendo las armas del combate...

Escucharon callados. Entre los indios, parcos y austeros, el voto de apoyo consistía solo en un murmullo de voces y la aprobación en un asentimiento de cabeza. Todos murmuraron algunas palabras y movieron la cabeza afirmativamente. El que le siguió en el uso de la palabra fue el Curaca de Cusiña, rechoncho y de facciones severas, tenía en sus manos un bastón adornado de oro y plata que enarbolaba al hablar: Tatas del Consejo: Todos sabéis que la hora aciaga se cierne sobre nosotros en el vuelo de los cóndores; qué fatal hado los envía a nuestros lares a sembrar la desolación y la muerte? … es Supaya el genio del mal. En las chozas de mi pueblo como un funesto presagio el agua del río se ha vuelto turbia y con toda su furia ha inundado los huertos prontos a dar fruto, ahogando a centenares de ovejas... Si nosotros ya hemos pagado el tributo con la vida de nuestros hijos es justo que también los enemigos paguen el suyo... Los viejos y jóvenes de Cusiña, estamos dispuestos!...

Otra voz rompió el silencio; para decir: Oh, Sabios: Invoco ante vosotros a nuestros antepasados, invoco el venerado nombre del Dios Pachacamac, para pediros que reflexionéis, no nos precipitemos al abismo de la ceguera y del caos, no busquemos, no ahondemos la ruína de nuestros hogares como aquéllos que están corroídos por el mal, el egoísmo y la mezquindad... Pensad en que el cielo no desata su cólera en la tormenta sino para regar y fecundar las entrañas de la Pachamama. El Inti no se oculta a nuestra vista porque somos indignos, indignos o no, todos gozamos de su luz y su calor; las leyes divinas de Pachacamac son sagradas, dejad pues que se cumplan sus designios... no desafiemos la ira del Dios-Mallcu, porque es el emisario de su poder en la tierra...

Alguien le interrumpió y con la vehemencia de quién defiende más que su vida la de los demás, dijo: Honorable anciano: habéis hablado con la sabiduría de los Dioses… El Sol-Padre de los Astros, bendiga e ilumine vuestra venerable vejez... Pero habéis olvidado la destrucción a que estamos condenados, que nuestros hijos mueren y serán exterminados junto con los rebaños, que el caos y la miseria vienen con los cóndores y con ellos debe morir... Así pensamos los de Ansara, Oh, Amauta, y estamos dispuestos a luchar contra el genio maléfico que se ha encarnado en los Monarcas de las Alturas!...

El argumento que había esgrimido este orador fue decisivo. El anciano que escuchara la réplica con extrema serenidad, no bien terminó de hablar aquél, contesto: Culto representante: por vuestros labios ha hablado la angustia, sé que ese es el clamor de vuestras esposas e hijos. Sea.

No puedo contener el bravío caudal de vuestros ímpetus y nada quise deciros que no sea persuasión, así pues callo y al callar os otorgo mi voto de apoyo...

Todos los delegados hablaron y todos coincidieron en que era necesario declarar la guerra a los cóndores.

IV

Dos días más tarde partían a las montañas ejércitos de indios. La tierra se estremecía al paso de esas legiones de guerreros sin más armas que un hacha y una honda. En el aire vibraba el aullido del pututu rebelde. Todo estaba como sobrecogido. Una calma imperturbable reinaba en los caminos soleados de Ckollpa, en los desfiladeros de Tulcha, en el exhuberante valle de Ansara. y en los abruptos senderos de Amuro; pero en los parajes y en los apriscos donde pastaban contodas ovejas, agazapados entre sombras, breñas y rocas, grupos de indios con la mirada clavada en lo más alto de los riscos, observaban las evoluciones de los cóndores. De pronto un grito les puso sobre aviso de la vertical picada de un cóndor. Una piedra salió silvando de una huaracka golpeando al ave que rodó pesadamente junto a las ovejas. Chalco y otros campesinos salieron de tras los matorrales de tola y se acercaron al animal. El hondazo le había destrozado el cráneo; la sangre que le manaba tenía de púrpura su níveo collar. El grupo se dividió en dos fracciones, uno de los cuales debía conducir a la aldea el rebaño que servía para atraer a los rapaces; con alguna dificultad Chalco echóse a la espalda el cóndor muerto y siguió al grupo, mientras el otro se diseminaba por las rocas. Una nube negra de vultúridos nubló el sol esplendoroso del crepuscular; tuuu, duuu! clamaba el pututu y restallaban las hondas lanzando al espacio aristadas piedras que abatían a los enemigos; duuu, tuuu! repercutía el grito de guerra de los indios, atronando incesante y era como un alarido de angustia y desafío henchido de implacable fiereza. Entonces los cóndores enardecidos, se lanzaron al ataque en distintos lugares; los del grupo apresuraron el paso y en el preciso instante en que atravesaban un puente, dos cóndores los atacaron inesperadamente. Quisca y varios corderos cayeron al río. Chalco que cargaba el cóndor muerto, indefenso como estaba se vió solo frente a uno de ellos que de un feroz aletazo lo precipitó a las correntosas aguas del río. Su padre sin darse cuenta de lo sucedido, repartía hachazos a diestra y siniestra, tratando de herir a otro cóndor que tercamente quería llevarse un cordero, uno de sus golpes dió en el blanco, porque el cóndor vaciló alcanzado en el pecho y un segundo después dando torpes aletazos quiso cobrar altura para caer algunos metros más allá alcanzado por un hondazo; mas, no había terminado la batalla, el cóndor que precipitara a Chalco descendió otra vez, describiendo estrechos círculos que le permitían sortear la lluvia de piedras. Marcial volvió la cabeza para seguir sus movimientos y en el pequeño lapso de un segundo, ya el cóndor, llevándose el cuerpo de su compañero muerto, había huído veloz. Tambaleante dio algunos pasos, sus manos cubiertas de heridas y la ropa empapada en sudor y sangre, caminó al encuentro de los demás.

El resto del grupo que había conseguido ponerse a resguardo del ataque con el rebaño, había encontrado el cuerpo sin vida de Chalco en las piedras enormes que emergían del riachuelo. Sombríos y tristes llevaron al pastorcito a su choza sin pronunciar palabra, como si sus voces pudiesen despertarlo de su eterno sueño. Quisca aullaba, despedía talvez el alma de su amito que en ese momento estaría acariciando el suave pelaje de Yanita. Su presencia, su almita candorosa se les hacía que estaba presente en cada recodo del camino, en el melancólico aprisco y junto a la manada mansa y rumorosa que poblaba la tarde. Llegaron. Nacha lloró amargamente ante el cuerpo de Chalco, con ese dolor profundo que no tiene palabras para expresarse. Esa noche dos mechas de sebo ardieron junto al cadáver del indiecito, arrojando su débil luz sobre los indios callados y pensativos que lo velaban, acullicando coca. Al amanecer el cadáver del pastorcito fue enterrado en el camposanto. Cuatro indios lo trasladaron en un hermoso poncho de lana de huarina, llevaba su huaracka y su inckuña de avío pendiente del cuello y una quena en los brazos. Dice la tradición que su muerte fué un designio de la Pachamama que quiso el tributo de un niño para renovar su espíritu...

Aquella vez se supo que otros cinco campesinos hablan muerte despeñados, dos en Ansara, uno en Tulchi, y dos en Quehuiña, sus cadáveres no pudieran ser recogidos porque habíanse perdido en los abismos donde estarían sirviendo de comida a los rapaces. El curaca de Ansara, alarmado por esas muertes pensó que tal vez preparando un potaje con los zumos de los cactus venenosos y untándolos en la carne de las llamas descuartizadas para el caso, podría ponerse fin al peligro que intranquilizaba a las poblaciones. En efecto así lo hicieron.

V

Antes de que clarease el día venidero más de cincuenta indios salieron con dirección a las montañas llevando las llamas cuya carne rociada con el potaje preparado ocasionaría la muerte de todos los cóndores que lo comiesen. Se distribuyeron en tres grupos, cada uno con distinto rumbo.

El día se anunciaba esplendido en las elevadas moles de granito de la montaña, donde los cóndores estarían durmiendo sumidos en una laxitud de piedra, del que despertarían con hambre; esta vez tendrían un macabro festín los monarcas del aire y tras su saciedad sentirían el mareo de las alturas y del abismo de su poder y de su debilidad, aturdidos por la embriaguez precursora de la muerte; sus turbias pupilas se oscurecerían para siempre con la somnolencia de un sueño pesado que les contagiaría la inmovilidad suprema de las moles.

¡Misterio del Ande! Sólo el pavoroso viento en los oquedales diría su canto de epopeya y de muerte. Los colosos del Ande, no escucharían sus sones que mil ecos distintos prolongarían hasta el infinito.

La montaña despertaba de su letargo de bruma y tinieblas, irguiendo su testa nevada con el gesto altivo de un anciano venerable; el Inti, príncipe inmortal de los astros filtraba su luz a través de las breñas hirsutas de los riscos.

Un soplo de animación recorrió la pradera, el valle y las serranías mustias brillaron con reflejos de nácar y rubí; del fondo del valle un exquisito aroma de habales saturaba la atmósfera con su perfume acariciante y sutil; en algún rincón de la comarca un río murmuraba su canción entre grietas ignoradas y cauces ocultos; huaychus madrugadores posadas en las flores rojas de los kehuayllus modulaban sus dulces trinos. Y por el sendero de las manadas, indios silenciosos subían a los apriscos, mientras los cóndores seguían entregados al descanso; algunos despertaban, sacudían la cabeza y con el cuerpo y las alas entumecidas salían perezosos hasta la boca de sus cuevas a calentarse; en vuelos cortos estiraban los nervios, se perdían después en las nubes y aparecían junto al Inti en un rito de diurno ceremonial. Bajaban veloces y se hundían en los abismos sin fondo de los precipicios, batían las alas para elevarse otra vez, ya arriba, entre sus remos el viento parecía detenerse y mantenerlos suspendidos en el espacio como barcos en océano calma, balanceándose levemente cual si estuvieran buscando el centro de gravedad en el aire; con un sólo impulso rompían esa inmovilidad y en perfecta línea horizontal se dirigían rumbo a sus nidos donde se posaban con delicadeza aristocrática, junto a los cóndores viejos y los pichones que se desperezaban y se arrastraban pesadamente, gruñendo y chasqueando la lengua como si hablaran.

Las horas transcurrían pausadas, el tiempo se detenía en las pupilas de los cóndores que escudriñaban al Inti, tratando de descifrar el misterio luminoso de su mensaje, el alma de los montes, la sombra y la luz, la voz eternal del viento que sollozaba y suspiraba, que rugía y jadeaba en las concavidades y en fin, queriendo comprender el espíritu mismo de la Pachamama que hiciera de él Dios y centinela, para que velara el sueño de las montañas y las pampas.

Con los tibios rayos del sol los cóndores salían en busca de su alimento, eran decenas, centenares de aves que se nutrían con el tributo que los hombres debían a la Pachamama; cerca del valle de Amuri, dos bandadas volaban en círculo a gran altura primero, más y más bajo después, era el solemne ritual que se efectuaba antes de asistir al festín encontrado; llegaban otros y otros, emitiendo sordos graznidos de impaciencia, más allá a cientos de metros otra

bandada desaparecía para dar comienzo al opíparo banquete y así bandada tras bandada, hasta que en el espacio ya no se divisaba más que nubes y cerros; los cóndores se disponían a saciar su apetito desmedido; los ancianos con dignidad de reyes escogían el mejor bocado, le asestaban el picotazo inicial desgarrando las entrañas chorreantes, luego los machos jóvenes, las hembras y por último los pichones, de acuerdo a una ley de jerarquía que rige inalterable en las montañas, todos efectuaban una especie de danza antes de comenzar y el banquete continuaba hasta dejar solamente los huesos y la piel de la presa.

Desde lejos infinidad de ojos seguían con interés los movimientos de los cóndores, que caían vencidos uno a uno, por un extraño letargo que les adormecía, algunos se precipitaban a los abismos cuando intentaban levantar vuelo; los otros graznando sordamente daban torpes aletazos sin poder mantenerse en pie; los más se revolcaban y quedaban inmóviles en el suelo. Cuando ya todos parecían dominados por el sueño letal, los indios se lanzaron sobre ellos blandiendo sus hachas; los cóndores que habían llegado tarde al festín, levantaron vuelo seguidos de una lluvia de piedras, inútilmente, a lo lejos ya no eran sino un punto negro brillando, cerca al sol. Los demás fueron muertos en el acto. Momentos después en la comarca sólo el viento hollaba la serranías. La cruenta guerra de los moradores del Ande, había llegado a su fin.
……

Pero símbolo de la gentil-hombría, de la libertad y de la altivez india como es el cóndor, no quebrantó jamás la ley del buen guerrero, y desde entonces, vela con patriarcal ternura por el pueblo soberano de los kollas, hermanos de su sangre y de su estirpe!

Potosí, 1949.

LA HILANDERA DE SAN BENITO

HILABA la indiecita.
Hilaba Siempre.

En sus manos morenas los blancos vellones de lana parecían copas de espuma, de suave espuma que se convertía en hilos de seda. Danzaba la rueca la ronda interminable de las vueltas sin fin. Obediente al impulso de los ágiles dedos de la hilandera, trazaba en el aire extraños signos, letras imaginarias de un misterioso mensaje de amor. Hilaba la indiecita sus penas calladas y sin consuelo, que la sumían en una tristeza profunda y tenaz. Era la misma tristeza de los que aman sin esperanza, pena permanente revoloteando en torno suyo sin cesar, como huaychu aprisionado en la rueca bailarina que devanaba sus dulces ensueños, consumida de impaciencia por el amado que no llegaba.

Amaba la hilandera.

Y soñaba.

Su amado tenía un nombre de lejanía y pasión: ¡Ataya! Ataya, pues, la personificación de la piedad y del consuelo, era su amor. Tenía la imagen de los seres constantemente ausentes y que, en realidad, jamás han existido. Seres que son, como todo cuanto el amor idealiza, sombra sin presencia y presencia intangible, a la vez. Pero, ella creía escuchar la voz de Ataya acariciando su rostro. Creía sentir sus labios junto a los suyos murmurando *recónditas* promesas de amor. Entonces, toda trémula, sentía que pasaban por su alma emociones nunca sentidas. Y sonreía, sonreía ingenuamente, imaginando, quien sabe qué plácidas ternuras maternales.

Casi siempre en su bello e inocente ensoñar terminaba meditando en su vida triste, en su solitario ranchito de pircas y en la tierra no cultivada que sus manos se negaban remover.

Meditaba en todo eso y en lo feliz que sería con su amado; en tanto, la rueca. regordeta, seguía retorciendo la lana espumosa, hilando finísimas hebras para su "ajsu" de novia.

Ah! -se decía-… cuando venga Ataya... el de alma de flor y de niño, el de sandalia de blanda nube que se acerca suavecito a curar las penas del corazón... !Ah, por la lomita de Munaypata él ha de venir... porque yo se lo pido... porque ahí ha nacido a mis sueños, ahí ha vivido en mis desvaríos y mis ojos están acostumbrados a buscarle en ese lugar...!

Y cuando llegue Ataya -¡rueca compañera!- de su brazo fuerte iremos al templo a desposarnos, yo vestiré mi "ajsu" de fiesta como todas las novias; llevaré manojos de chihuanhuayus entre mis brazos, y tú, -¡compañera rueca! - estarás prendida junto a mi pecho y juntas danzaremos la danza interminable que sabes danzar... ¡Oh, Ataya, sólo Ataya, falta a mi lado, huayrapis, parapis, imaraycu mana apanpuanquichajchu? Imaraycu? -preguntábase llorando angustiada.

Mas no sabía la linda indiecita que los sueños de amor, por más que se hilen bien apretujados en la rueca del corazón, huyen tan prestos, apenas se alcanza a despertar.

Fiel a su amor, la hilanderita, sigue esperando y ha de esperar tal vez mucho tiempo más, hasta que se apague la dulce lumbre de su corazón, porque ella, como todas las mujeres de su raza, sabe de la fidelidad eterna en el amor.

Potosí, 1950.

LA LEY DEL EMBUDO

I

ATREVOME a escribir este relato, con más sentimiento que arte, aún a riesgo de ganarme la frase: "zapatero a tus zapatos"; versa sobre la vida de un obrero ferroviario que fué víctima de la injusticia de una Empresa y del desamparo de las Leyes; lo hago, porque en él, como en todos los *explotados* de nuestra patria, estaban encarnados ese honrado concepto de trabajo, de lucha y sacrificio par su hogar, que le hacía sobrellevar con entereza los atropellos y las humillaciones más denigrantes.

Algún día, cuando se estudie exhaustivamente el panorama social del obrerismo boliviano, desde todos los puntos de vista posibles, hemos de ver en toda su crudeza el mal que ha significado "*La ley del embudo*", como medio de sofrenar la justicia, la unidad de las masas trabajadoras y el reconocimiento de sus derechos; veremos cómo nuestra vida institucional y ciudadana, ha sido corroída por el dinero, la influencia y la codicia insaciable de los magnates. Ese mismo estudio podrá establecer y rectificar los abusos patronales en miles de obreros retirados del trabajo, en muchos casos, con familias numerosas que quedaban en la más atroz miseria, creando al país una serie de problemas como la mendicidad, la desnutrición infantil y la ignorancia de las mayorías. "*La ley del embudo*" es un método de origen oligárquico, que consiste en explotar al trabajador, en provecho exclusivo de los intereses de determinado grupo o empresa, recurriendo para ello a toda clase de expedientes por injustos e inhumanos que fueren; este sistema de explotación alcanzó su grado más elevado durante los regímenes oligárquicos, como medio de gobierno y echó raíces profundas en la mayoría de las plantas burocráticas donde es corriente valerse de esta Ley del Engaño, para lucrar merced al necesitado, al ignorante o al caído. Todavía en la actualidad, persisten estas prácticas que han resultado por demás perniciosas para un pueblo

joven. como el nuestro, pueblo que hoy más que nunca necesita reconstruirse en base a normas verdaderas de legalidad y justicia.

No pretendo con esto escribir un ensayo sociológico sobre un problema que continua gravitando enormemente en la vida nacional, empero si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, convendremos que todas las incursiones que se hagan al respecto, por humildes y limitadas que sean, han de ser siempre un aporte valioso en el camino de nuestra completa reivindicación social. EI caso de Marcelino Lafuente, bien puede ser una ligera introducción al tema.

Todos los días, a la hora del almuerzo, doce niños mal vestidos y mal alimentados, circundaban a Marcelino Lafuente y su esposa Mercedes, sentados en el suelo, en un cajón o al borde del catre, para servirse algunos bocados de caldo con escaso recado, un segundo y un pedazo de pan fiado por alguna tendera. Era la hora en que Marcelino, recorriendo con la mirada esas caritas enjutas y el semblante avejentado de su esposa, sufría indeciblemente la pobreza inacabable de su hogar. Pensaba en la felicidad que significaría para ellos el que ganara un poco más; pensaba en los piececitos descalzos de sus niños y en los pares de zapatos que les compraría; en la ropa que adquiriría para cubrir esos cuerpecitos siempre ateridos de frío; en la alimentación que les daría, aunque tuviese que trabajar día y noche; en fin, soñaba tantas cosas, como sólo suelen soñar los pobres, con grandezas que tal vez nunca vería cumplidas. Terminado el almuerzo, como de costumbre al pitazo de las trece y diez, se despedía de su esposa y de su "menuda gente" y regresaba al trabajo.

En las noches ocurría algo parecido, si había provisión, se servían una comida, consistente en un plato de segundo y una taza de té con pan; después, o antes, los pequeños jugaban en la puerta del cuartucho y cuando Marcelino no estaba tan fatigado por el trabajo se interesaba en pedirles las lecciones a los que iban a la Escuela; eso era lo que diariamente había hecho y lo único que podía hacer, sufrir con ellos, compartir sus juegos, sus mínimas alegrías y sus más grandes esperanzas y sobre todo, amarles, amarles mucho con ese amor desesperado que quiere dar la vida en un instante, por su felicidad, porque eso sí, su corazón rebasaba de una ternura sin límites, para llenar las horas amargas de su hogar. Una vela llorosa batida por el viento helado del altiplano que se colaba permanentemente por las rendijas de la puerta, iluminaba todas las noches, la misma escena. La madre, una abnegada mujer de pueblo, desmirriada y pequeñita, sentada en el suelo zurcía la ropa de sus hijos o la de su esposo, mientras Carmincha y Dora, las mayorcitas, se ocupaban en acostar a los más pequeños. Tres catres con pocas frazadas llenaban la habitación y una mesa rústica, suplía la carencia de otros muebles. Algunos cuadros de motivos escolares, dibujados por Carlos y Raúl, resaltaban con su atrayente colorido entre las paredes descascaradas y negras, en una de las cuales, sobre una repisa toscamente cepillada, la imagen de la Virgen de los Dolores, velaba aquel hogar en que todo era hambre, tristeza, ilusiones…!

De alguna manera, Piedrín que era el más travieso y parlanchín de los chicos, iniciaba invariablemente la charla y su tema era el de costumbre:

-Papá, el hijo de la vecina, tiene un libro bonito, con figuras en colores, o en su defecto: Papá, el hijo de la vecina, tiene una carpeta de cuero con correas para llevar en la espalda, y algunas veces: EI hijo de la vecina, dice que tiene hartos zapatos nuevitos y brillantes como espejos, por que no nos los compras también?...

¿Por qué? Aquel "por que"?, dicho con la inocencia y el candor de quien no sabe de los crudos problemas de la vida llenaba de angustia el corazón de Marcelino y medía el abismo que existía entre el hijo de la vecina que hacía gala de esos lujos con los suyos pobremente vestidos y se dejaba llevar por el dolor...

-Saben hijitos -les decía- los ricos tienen bastante dinero para comprar todo; nosotros somos *pobres* y como pobres solo tenemos voluntad de trabajo y honradez, lo poco que gano no alcanza ni para cubrir los gastos de la casa, a veces no tenemos ni para un pan, sin embargo, tu

mamá y yo, quisiéramos comprarles todo lo que necesitan, pero no podemos. Quien sabe cuando me asciendan en el trabajo o cuando ustedes sean grandes y ganen más que yo, entonces tendremos una casa grande con jardín y patio, una radio, ropa para cambiarnos los días de fiesta y sobre todo, mucha, mucha comida; por eso yo quiero que ustedes sean aplicados en la Escuela, para ser hombres de bien y de "ñeque" no es cierto?

Siiiii -Interrumpían en coro.

-Yo seré médico, papito! chillaba Pedrín.

-Yo, Ingeniero, gritaba Carlucho.

-Y yo, haré "crecer" manzanotas grandototas, uy, caray! decía Raulito saboreando la fruta imaginariamente.

-Y tú, Juanito que vas a ser? preguntaba Marcelino al que permanecía callado.

-Yo, "maquinista del tren" como vos, respondía con aplomo.

...y la Carmincha y la Dora que "vanan" ser papito? inquiría Pedrín.

¡Ah, tus hermanas el año que viene irán a estudiar para enfermeras en La Paz...

Y las manzanas llegan "dande" La Paz, papi? preguntaba Juanito preocupadísimo.

Claro que sí, hijito... porque las llevaremos nosotros, toditos nosotros.

¡Oh, que "dindo"! Vamos a ir a La Paz! ¡Ecotecó, ecoteco! Y se armaba la batahola del siglo, mientras la madre sonreía de sus ocurrencias.

Así transcurría la vida en el hogar de Marcelino Lafuente, entre penas, esperanzas, algazara de escuela y algunos ratos amables que denotaban la calma y la relativa felicidad de que disfrutaban.

III

Un día en que regresaba a su casa feliz como nunca por el ascenso que le había anunciado su jefe, encontró a dos de sus hijos enfermos, Raulito y Pedrín. Pocos minutos de consunción habían bastado para postrar esos cuerpecitos endebles. Conviene sobre-alimentarlos para vencer la enfermedad, había indicado el médico. Acudieron a los vecinos para conseguir préstamos en dinero y comestibles; al cabo de algunos días angustiosos, los niños pudieron reponerse. Ese mes y los subsiguientes, el presupuesto familiar no alcanzó a cubrir las deudas contraídas por la enfermedad, en la esperanza del aumento que percibiría con el ascenso. Y el ascenso no se producía.

Cuatro largos meses esperó pacientemente la realización de aquel anuncio que le correspondía en justicia. Al cabo de los cuales por cuestiones financieras de la Empresa que él no alcanzaba a comprender hubo supresión de sobretiempos, en el que resultó afectado, y se hablaba todavía de una reducción de personal; a pesar de ello colocaron en el cargo al que debía ascender a un obrero nuevo, ahijado de un Encargado de Seccion. Por primera vez desde que trabajaba se rebeló contra tal disposición que era una burla a sus derechos. Reclamó ante sus Jefes, les hizo conocer todas las razones que le asistían, su condición de padre de familia, su antigüedad, su cumplimiento, su eficiencia en el desempeño de sus labores, todo en vano. Estos contratiempos y la constante preocupación de su hogar influyeron en su espíritu de hombre sencillo, él que durante diecisiete años de brega había soportado cansancio, insomnio, humedad, frío y hambre sin doblegarse, se sentía defraudado. Pensaba en los años de vida, en sus esfuerzos y juventud que

había entregado a la Empresa y comenzó a decaer en el trabajo y comenzaron también los informes desfavorables de su Jefe inmediato, las gratuitas represalias del padrino, del ahijado y del compadre; las intrigas de hombres que sólo medran y viven de la desgracia ajena y las sanciones de la Empresa que no sabe de razones ni sentimentalismos. Era la "Ley del Embudo", ancha para unos, angosta para otros. Que podía hacer él, obrero honrado y humilde que sólo sabía del trabajo honesto para ganarse la vida? Recurrir al Sindicato era ponerse en franca evidencia ante los superiores que nunca vieron con buenos ojos a los obreros "alarmistas"; además que podía hacer el Sindicato controlado y perseguido por la Policía y el gobierno anti-obrero? Casi abatido por esos contrastes que ahondaban su sufrimiento, quedaba pensativo horas de horas, junto a su puesto, aislado de sus compañeros, porque el recelo y la desconfianza fueron haciendo su morada en él.

Entonces se hizo más patente y angustiosa la tragedia de su hogar. Los seis mil bolivianos mensuales que ganaba, no alcanzaban para mantener a su familia ni para pagar las deudas que sumaban otra cantidad semejante; de los cuatro mil bolivianos que estaban destinados a la provisión, la mitad de los artículos iban a parar a las tiendas, con cuyo importe compraban todo aquello que hacía falta, o sea, carne, verdura, gasolina y otras cosas imprescindibles, el resto, es decir, los dos mil bolivianos hechas las deducciones de rigor en las planillas, arrojaban un saldo líquido de ochocientos a mil bolivianos, con los que tenía que mantener doce niños menores, pagar el alquiler y comprar ropa para los que más necesitaban.

Dorita y Carmincha que tenían 15 y 13 años respectivamente, caminaban a su edad descalzas o con los zapatos usados de su madre, escasamente cubiertas con un vestidito suelto de género barato cosido a mano. Era doloroso verlas peregrinar de tienda en tienda para vender por la mitad de su valor, alguno que otro artículo con el fin de preparar el almuerzo o la comida. Marcelino y su mujer, casi siempre, quedaban sin probar bocado con la pena de ver esas caritas ansiosas, esperando un poco más, después de haber dado cuenta de su ración. Se dieron al vicio, si vicio puede llamarse al mascar coca para matar el hambre.

A mediados de ese mes ya no tuvieron que comer ni que vender. Mercedes entonces, a pesar del dolor que le causaba, se vió obligada a emplearlas a Dorita y Carmincha de sirvientas en casa de personas de tener, donde trabajaban más de la cuenta. Se levantaban a las seis de la mañana y con un constante frío del amanecer, barrían la calle, el patio, las habitaciones, lavaban las ollas y hacían el desayuno, tiritando de pies a cabeza, con las manos y la carita amoratadas…todo porque al menos tenían el pan asegurado.

IV

Así las cosas, cierta vez, Marcelino Lafuente que tenía el cargo de caldeador de locomotoras, fue nombrado para salir como fogonero de un tren de carga. Contento de tener una oportunidad de recomendarse por su trabajo y de paso ganarse algunas horitas de sobretiempo, indicó a su señora que le preparara su "lonche" para el día siguiente. Al amanecer despidiéndose de ella con un cariñoso "hasta luego, hija", besó a sus hijitos que dormían todavía y se fue por las calles silenciosas de la ciudad, envueltas en la bruma del alba.

Hacia las dos de la tarde llegó la noticia fatal.

Marcelino Lafuente, el fogonero de la locomotora 364, tren 242, habíase accidentado. Muy cerca de C. .., al pasar el puente de ese lugar, la saliente de una roca le había golpeado la cabeza, precipitándolo seis metros más abajo, donde había quedado "botado" más de media hora sin que nadie lo socorriese; un chiquillo que en ese preciso instante pasaba por el lugar llevando almuerzo para su padre, a la cuadrilla volante de Vía y Obras, lo vió todo y avisó a los peones, quienes usando una manilla fueron a recogerlo. Mientras tanto el maquinista al darse cuenta que faltaba vapor a la locomotora, buscó a Lafuente y al no encontrarlo, regresó, buscándolo en el trayecto con la ayuda del personal de Tráfico; lo encontraron casi agónico, en medio de un charco de sangre. El golpe le había fracturado el cráneo. Telefónicamente dieron parte a A... de donde indicaron que el carril especial que debía salir de U..., con un alto Jefe, lo llevaría al Hospital. Más de tres meses

estuvo hospitalizado sin recobrar el conocimiento ni el habla. Su convalecencia fue difícil y harto penosa. Aprendió a caminar de nuevo con ayuda de muletas.

La Empresa creyó haber cumplido su deber haciéndolo curar y pagándole, durante el tiempo de su tratamiento, como caso especial, dos meses de sueldo "pelado" y el resto medias mitas.

Después de más de cinco meses, delicado aún Lafuente, regresó a sus labores. Trabajó, entusiasta y cumplidamente para rehacer la felicidad de los suyos, que habían sufrido indeciblemente. Sin embargo, como resultado de su accidente, paulatinamente fue perdiendo el uso de la razón. Su hogar antes tan querido le aburría, le molestaban sus hijos, sus juegos, sus mimos, su hablar; le desesperaba verse en ese cuartucho, estrecho, sórdido y semivacío que parecía estrujarle el pecho y las sienes y salía más que de prisa como si escapara de algo temible, extraño; otras veces, en sus momentos cada vez más escasos de lucidez, se avenía a todo lo bueno y lo malo que había y decía: "De qué sirve que haya entregado mi vida, mis sacrificios y mi juventud a una Empresa, si nada saben reconocer? Por qué me hacen ésto? *Por que?* Y se enajenaba, terminando por reñir con su esposa y castigar a los pequeños sin razón alguna. En su trabajo las cosas eran más serias y empeoraban de día en día, en principio todo se reducía a simples desacuerdos y ligeros altercados con sus compañeros, después vinieron los atrasos, los abandonos de trabajo en horas de servicio y las fallas inmotivadas. Era evidente que aquel buen hombre ya no estaba en su sano juicio, que ya no era responsable de sus actos. Como Lafuente ya no servía como antes a la Empresa era necesario deshacerse de él y colocar en su lugar a alguien que rindiera más. Aprovechando una coyuntura lo retiraron del cargo sin derecho a nada, haciendo constar ante las autoridades respectivas que se trataba de "abandono de trabajo". Lafuente no volvió a aparecer en su casa ni en el trabajo. Varios meses después se supo que se encontraba hospitalizado en una Clínica de La Paz, donde había sido sometido a una operación quirúrgica de la cabeza. Es posible que esa intervención haya contribuido a devolverle en parte la razón perdida. Ya relativamente sano recogió sus aportes jubilatorios y entabló un juicio a la Empresa por pago de indemnización y desahucio. Sus aportes si bien eran considerables, no bastaron sino para pagar los primeros gastos del juicio y casi un año de permanencia en La Paz. Después fueron incontables las noches en que dormía "llamado" en casa de algún amigo, en la caseta de un sereno o a la intemperie en un banco de la Estación; incontables también los días en que no probaba bocado. Mas de tres años vivió así, olvidándose de su familia con la obsesión de concluir el juicio, que se prolongaba desesperadamente con los ardides de los picapleitos, rechazos y apelaciones; y en todos esos trámites ni una sola disposición legal que pudiera ampararle y sacarle de tan difícil situación. La Ley, sorda y cruel se hacía más injusta en su caso. Parecía más bien condicionarse a las mil maravillas a gusto y sabor de los intereses de la Empresa, al capricho de los hombres y a toda esa maquinaria donde la dignidad del obrero, de la familia y de la Sociedad, se pone en juego de una manera inconcebible.

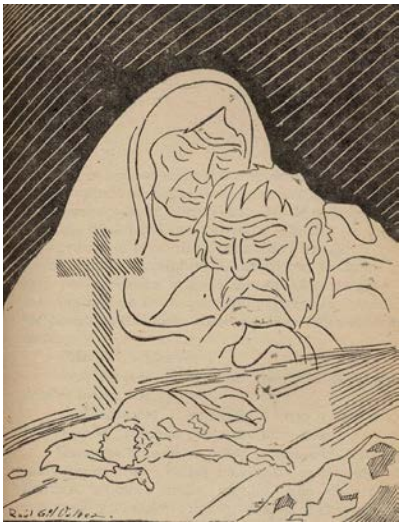
El resultado de su insensata perseverancia, a duras penas dió un resultado favorable aunque irrisorio. Se decreta el pago de la indemnización y el desahucio por 17 años de trabajo, en un manto equivalente a tres meses de sueldo de un portero actual, que tres años atrás, talvez habría significado un alivio para su hogar, pero que ahora, no alcanzaba sino para pagar los honorarios de su abogado. En resumen la miseria otra vez. Y ahora más tremenda que nunca. Viejo como estaba y sin fuerzas para seguir trabajando qué podía esperar? Leyes y justicia tardías, todo contra él; más valía resignarse a seguir padeciendo, esa inútil búsqueda de la justicia.
……

Marcelino Lafuente, padre al fin, ha vuelto al lado de los suyos. Sus hijos, aquellos traviesos chiquilines que eran toda su esperanza, acosados por la miseria y el hambre se han perdido en los caminos de Dios. De aquel hogar humilde en que todo era ilusiones y ensueños, sólo ha quedado una madre solitaria que trabaja incansablemente por mantener a seis de los niños menores que aún le acompañan; basta leer en sus ojos infinitamente tristes, para saber la angustia que vivieron y nada habrá que pueda borrar el calvario sufrido, nadie que pueda devolverles la calma, la esperanza, la alegría robada al corazón. Pero algún día dejaran de padecer tanta

injusticia porque está dicho que para los pobres, la Justicia no siempre ha de ser la *Ley del Embudo*. ..!

Y Marcelino, esta seguro de ello.

Uyuni, 1952.



MILAGRO DE AMOR

ERA la hora solemne del crepuscular.

Sentado al borde de un sendero polvoriento y pedregoso, un anciano cubierto de andrajos, permanecía en actitud meditabunda. Un frío de angustia oprimía su corazón huérfano de ternura. Y conforme crecían las sombras del atardecer, su figura batida por el viento, parecía empequeñecerse ante la magnitud de un dolor que sentía crecer por instantes. De pronto, irguiéndose empezó a llamar desesperadamente:

-¡Madre... Madre!

-¡Madreeee!... repetían las rocas, el río y las débiles briznas de hierba...

-¡Madreeee!... repetían el cielo y la tierra a través de la "trémula garganta del viento"...

Entonces la tarde se pobló de armonías misteriosas y junto a las plantas sangrantes y doloridas del hombre, brotaron níveos jazmines que aliviaron su cansancio y su dolor. Y a la vez que, el desolado páramo se convertía en un huerto apacible, un retazo de cielo desprendióse del firmamento y fue acercándose, lentamente, hasta el hombre solitario. Estrella o corazón, era un haz de luz celestial, que poco a poco fue transformándose en la imagen de una mujer.

-¡*Madre*... madrecita! -exclamó el caminante al percibir esa imagen.

-*Hijo mío*! -le respondió - ¿Qué ha sido de ti? Por qué tardaste en volver?

-Madrecita de mi alma...! Vuelvo en busca de tu consuelo... He vagado tanto por los caminos de la vida buscando *felicidad*. He conocido en mi peregrinaje ciudades extrañas, riqueza, poder y todas las satisfacciones que una juventud impetuosa puede lograr, mas, ninguna, ha significado para mí lo que este sublime instante de encontrarte. Ahora comprendo, madrecita, que la verdadera felicidad, el amor más puro, se hallan a tu lado, en tus brazos cariñosos, en tu regazo maternal. ¿Por qué los hijos somos tan torpemente ciegos, tan cruelmente ingratos?... Yo partí de nuestro hogar humilde y pobre, en pos de ilusiones que no existían, sin pensar en la miseria y el abandono en que quedabas. El castigo que me esperaba al retorno, fue terrible ¡Tú, estabas ausente para siempre! Nadie supo decirme donde te encontrabas. Desde entonces vago sin descanso día y noche; ¿qué importan el hambre, el frío y la sed? ¿Qué importa si mis ojos se enceguecen de tanto buscarte, si mis plantas se desuellan con las zarzas y las piedras del camino, si perdí tu santo amor?...

-No llores, hijo mío!

-*Madrecita* querida!

-Ven hijo mío, yo vivo en una chocita muy cerca del cielo, desde allí velaba por tí y le pedía a Dios que guiara tus pasos para" que volvieses pronto... No sabes que las *madres*, muertas o vivas, estamos siempre al lado de nuestros hijos? Ven, conmigo...

Y cubriéndole con su manto le tomó de la mano como si fuera un niño aún y se lo llevó por un senderito aterciopelado, bordeado de florecillas, hacia la choza que estaba cerca del Señor.

Atrás, quedaba el cuerpo exánime del anciano, cuyos labios balbucían todavía: *perdón, perdón madrecita!*

Uyuni, 1954

YENE, EL NIÑO DE LAS AGUAS

SENTADO a la puerta de su "pahuiche", el viejo camba, como sombra de silencioso baobab, meditaba. Siempre que llovía hacía lo propio; con el charuto en los labios, entrecerrados los parpados, escrutaba el denso follaje de la arboleda y en su imaginación llegaba hasta los bajíos del Bermejo; el río bramaba, bramaba iracundo como aquella lejana noche de temporal. Cuando su angustia se hacia más vívida y profunda, dos silabas resbalaban, dolorosamente, de sus labios: ¡Yene! -decía. Y la forma borrosa de su mujer que siempre le acompañaba, repetía el mismo nombre, con la misma angustia: ¡Yene!

Hace muchísimos años...

Lorenzino Aldao, había llegado al risueño pueblito de Cotoca, con una guitarra en bandolera por todo bagaje romántico y un rechinante carretón tirado con dos zembúes por toda lírica campañía. Habíase quedado en la aldea, aprisionado por los ojazos "negringos" de una encantadora "cunumi" que le hizo meditar en el inútil vacío de su vida. La guapa Malvina, la buena moza del ranchito escondido entre palmerales y "motoyoés", constituyó desde entonces, el motivo de los suspiros ardientes de su guitarra, de los requiebros apasionados de su cantar. Un día -diáfano día de música y de flores-, junto al confidencial "motacú", recibió de sus labios el "yurú-pyté" del asentimiento. Casó con Malvina. Fué el burí más alegre de toda la comarca; cuentan los lugareños que no hubo novia más linda en cien vueltas a la redonda y aun recuerdan, con cierta nostalgia, que no hubo "jumeche" y "pacumutu" que supieran mejor. Después de casados se fueron a vivir al otro lado del Bermejo, en una chocita que ambos levantaron, amorosamente, como los "tiluchis". Era de quincha y techo de tacuaras, con un alero ancho y cordial a cuyo amparo columpiaban en sus hamacas, cuando la luna descendía de los árboles para mirarse en el "páuro" cristalino del patio; la guitarra del camba tejía entonces dulces cantares para el amante corazón de su compañera. Así pasó un buen tiempo. Hasta que un día, por ese camino perfumado de azahares y tilos del bosque rumoroso, que ambos cruzaban todos los domingos muy de temprano, llevando en la carreta "azayés", sombreros alones y fruta para vender en el "poblao", ya no iba más que Lorenzino acompañado de un gozquecillo jugueton. Malvina? quedábase en la choza, trenzando la cesta en la que acunaría a su "peladingo".

Nació el cambita un tranquilo anochecer de primavera, cuando "cocuyos" y "curucuzís" iluminaban el bosque cercano para ver la Danza de la Flores, de las Ninfas de Vela de Luna y de las zagalillas de blanco "tipoy"; un "preto" juglar cantaba el alegre rondó por el niño de las aguas que faltaba a la ronda.
……

Era la media tarde de un día estival.

Por el camino de costumbre regresaba de la ciudad, el carretón de Lorenzino Aldao. Los bueyes cabizbajos tiraban perezosamente el vehículo, cual si estuvieran midiendo con sus pasos la hondura de sus melancolías. Un ligero vientecillo arrastraba la hojarasca que el perro, ladrando impaciente, se empeñaba en detener. Las aves, voceando angustiadas, se alejaban en busca de sus nidos allá a lo más espeso del bosque, hundido en la opacidad de un cielo que se cubría de nubarrones. Aquello era indicio seguro de temporal. "Ej. necesario vadear el río cuanto antej", se dijo el carretero, azuzando duro y parejo a las bestias.

Debajo del toldo, la joven madre, ignorando el peligro que se cernía sobre ellos, acunaba plácidamente el sueño de su criatura; le acariciaba suavemente, le besaba y sus miradas henchidas de ternura se detenían una y otra vez, en esa carita morena en la que jugaban graciosas sonrisas y hoyuelos; en esas manecitas regordetas prendidas aún de su corpiño y en esos labiecitos como pimpollos de platanal que alborotaban el "pahuiche", llamándole "ma-ma-má", tan dulcemente que más de una vez hicieron asomar a sus ojos lágrimas de inefable felicidad...!

Hacia la "oscurana" comenzó a llover. Las ruedas de la carreta se enlodaban en los charcos haciendo más difícil el paso de los bueyes. Lorenzino, impaciente, hacía restallar el látigo sobre el lomo resbaladizo y mojado de las bestias. "Hay que vadear el río… hay que vadear el río", se repetía a sí mismo. Por un costado del toldo Malvina asomó la cabeza y auscultó el tiempo con la minuciosidad de un "guaso" montano. El viento soplaba con fuertes ramalazos de agua. Se ocultó asustada y santiguándose dijo algunas palabras que querían ser plegaria y ruego: ¡Tata Dios y la Virgen noj protejan! Sobre el toldo tamborilaba la lluvia con sus dedos de agua. Era inútil avanzar más. -¡Malvina! - gritó el camba, apeándose de la carreta -agarrá juerte al niño, acá hemoj de eperar hata que pase el aguacero!- y, tirando del ronzal ayudó a los bueyes a desviar la carreta a un lado del camino, donde se alzaban gigantescos cactus, sollozando sombríamente.

El crepúsculo se extendía de prisa. Llovía a cántaros. Los truenos repercutían en la tambora de la selva con un sonido bronco, lúgubre como el canto agorero del "sumurucucu". De todos lados nacían serpientes líquidas, oscuras y frías que los relámpagos vestían de escamas llameantes. El gozque acurrucado bajo la carreta gemía atemorizado al contacto de esos reptiles que le lamían el cuerpo aterido. Yene había despertado con el estruendo de la tormenta y cosa curiosa, no lloraba, al contrario, calladito, los ojos abiertos, levantada la cabecita del regazo de su madre, escuchaba el aguacero, atento, sonriente, casi gozoso. -Má, ma-má- le pidió con los labiecitos entreabiertos y cuando su madre le puso el pezón en la boquita, el niño se quedó mamando ávidamente. Lorenzino, enternecido, abrazóles a ambos como queriendo preservarles de todos los peligros con su cuerpo de "guayabochi":

-Cuantito sosiegue el temporal noj marcharemoj pal pahuiche, hija- la tranquilizó.

Bruscamente cesó el aguacero.

De los bajíos empero llegaba el rumor inconfundible de un río que parecía desbordarse. A través de la bruma el chispazo intermitente de los "refucilos" iluminaba cielo y selva con un claror de púrpura... ¡El temporal se iba!... Mas no, era una de esas treguas fugaces que presentan los temporales del trópico, para volver con más fuerza a devastar campos y aldeas anegándolos inmisericordemente. Lorenzino sin pensar nada más que en los suyos, se había apeado. Ya se disponía a desatar el ronzal, de súbito, un rayo tronchó el cactu y fué a dar lejos entre medio de los charcos, enceguecido por el brillo de millares de estrellas fosforescentes que parecían flotar en el

sitio donde se hundiera el horrísono clangor; en sus oídos zumbaba todavía el chasquido del siniestro aletazo; un minuto, dos, tres, quizás más, tardó en recuperarse y cuando pudo distinguir las cosas que le rodeaban, ya los bueyes despavoridos, arrastrando el carretón se habían perdido dejando tras de sí, un quejumbre de ramas quebradas y un frenético chapalear de cascos flotando en la tarde.

-¡Malvinaaaa... Malviiiina! -atinó a gritar instintivamente y como nadie le respondía, se lanzó a correr por entre los charcos y los árboles, guiándose por los ladridos del perro que llegaban hasta él, semi-apagados por las mugientes olas del río: ¡El Bermejo había salido de madre!

Exhausto y jadeante, Lorenzino llegó a la orilla neblinosa del río. Más allá, entre los matorrales el gozque ladraba desesperado, al sentirle acercarse, se le abalanzó, contento, latigueándole con la cola en las piernas sangrantes y cubiertas de barro; la carreta difusamente dibujada en medio de las aguas, bamboleaba, hacía rato que los bueyes reventados los tiros del vehículo, se habían perdido bufando impotentes, dejando el vehículo a merced de las olas que la inclinaban peligrosamente. No tardaría mucho en volcarse, pero Lorenzino ya se había sumergido en el río; con el agua a la cintura, repechando las olas se acercaba poco a poco luchando contra la corriente impetuosa; una oleada lo arrojó violentamente a la orilla, no tardó mucho en levantarse y sumergirse otra vez, ahora lo hizo un tanto más arriba y un poco nadando y otro poco dejándose arrastrar, alcanzó la carreta... ¡demasiado tarde!... una ola rugiente la sepultó y todo desapareció en un remolino ensordecedor. Sin vacilar el camba hundióse allí mismo y tras un instante de dramática búsqueda logró dar con el cuerpo inconsciente de Malvina...! Dios Santo, sus brazos estaban sin el niño!... manoteó, febrilmente, entre los restos de la carreta, en vano; viéndose imposibilitado de continuar buscándolo con Malvina en los brazos, tomó de arribada la orilla más cercana, donde la dejó al cuidado del gozquecillo que no cesaba de ladrar. Y busco a su hijo como enloquecido, entre los matorrales de las orillas, entre las piedras y las ramas que arrastraban las olas, sin poder encontrarlo. Convencido de que todo era inútil abandono el río, extenuado, agobiado por la inmensa tragedia que acababa de ocurrirle. Todavía, en las sombras con que la noche comenzaba a manchar el lugar, sus ojos nublados de lágrimas, buscaron a Yene por última vez y levantando el cuerpo inanimado de Malvina, se interno en la selva, con la lluvia azotándole el rostro y una imprecación anudada en la garganta. Silencioso, como un dolor, le seguía el gozquecillo...!

……

Yene se fué, quizá sonreía a las olas, quizá sus labiecitos entreabiertos buscaron el pezón de su madre en el regazo turbulento del río. No se le oyó ni un vagidito, ni se le vió chapalear, sólo se sabe que el río tempestuoso amansó sus aguas, para acunarlo en su lecho de espumas y hojarasca y se lo llevó por un cauce escondido hacia lo más umbroso del bosque cercano, donde canta un alegre rondó, por el cambita que se fué a jugar con las zagalillas de ojitos rasgados y de blanco "tipoy".

……

Cuenta una vieja leyenda oriental, que las aguas del Bermejo -tranquilas y bullidoras de continuo-, braman, desde entonces, porque piensa que todos los que la vadean van en busca de Yene el Niño de las Aguas. ([I])

La Paz, 1955.

[I]) Este cuento mereció el primer premio en el Concurso Literario convocado por la H. Alcaldía Municipal de Santa Cruz, en homenaje al 24 de septiembre, el año 1955.

RESABIOS BURGUESES

.

"El humillado de otros tiempos,
hoy es un hombre".

Carlos Velarde.

I

ALGUNOS días después de iniciadas las labores escolares, Pedro Huanca había ido a la Escuela Fiscal de la Avenida Buenos Aires, para entrevistarse con el Director del Establecimiento; sin quererlo habíase colocado junto a un fragante rosedal cerca del cual charlaban dos señoritas. Una de ellas, la de mayor edad, elegante, altanera, llevaba la iniciativa de la conversación; su compañera, una señorita bastante joven, escuchaba con interés:

-Que tal -decía la dama de aire altanero-, lo que es la profesión, el trabajo, a veces a uno le obliga a codearse, con quienes ni siquiera habría soñado conocer!

-Por qué, señorita Riverín? -preguntó su interlocutora.

-Pues mire lo que pasa. Dicen que el profesor de Música de esta Escuela es nada menos que "el Mauricio", el "llockalla" de la casa...!

-De su casa?

-No precisamente de mi casa, por mejor decir, el hijo de la portera de la Escuela donde mi abuelo era Director... se da cuenta?

-Por lo que dice no encuentro nada de malo...

-Es que un "profesor" no puede ser un "cualquiera", además yo lo conozco bien desde mocoso... usted no se imagina siquiera como era! Aquí no hay un solo chico parecido a él… ¡mire! era como aquel que está apoyado al poste, si más trapiento, más llockalla que ése-. Y le mostraba a un chiquillo tristón sin guardapolvo, con la ropita rotosa y los pies descalzos, que se calentaba en un claro que dejaban los árboles del patio, por donde el sol caía vivificante junto al poste de alumbrado.

Y comenzó a contar. La historia de Mauricio era una historia hecha de ansiedades y sueños. La dama lo contaba con ese aire de desdén propio de la gente que se considera superior y con el suficiente derecho de tratar despreciativamente a quienes no tuvieron la suerte de nacer entre seda y brocado, bajo techo aristocrático y lleno de abundancia... ¡como si el hombre tuviera el privilegio de escoger cuna y linaje para venir al mundo; como si el ser pobre fuera un estigma para no aspirar a ser mejores en la vida de relación, de una Sociedad donde sólo tiene cabida la "buena gente", de buena cara, de modales refinados, de ilustre apellido, de sangre azul, de *dinero* y otras zarandajas propias de la burguesía...

II

La historia de Mauricio, como la de tantos hombres de bien que se hicieron a fuerza de voluntad y corazón, era ésta:

Todas las tardes apenas el alumnado y el personal de la Escuela se retiraban, Mauricio se deslizaba sagradamente a chapalear el piano de la Sala de Música; mucho tiempo había estado practicando así, hasta que cierta vez, el Director del Establecimiento sorprendióle tocando el piano. -¿Qué haces aquí? ¿Qué haces? ¿Eh? - le había gritoneado dándole un tirón de orejas. Si los cursos quedan abiertos es para que tu madre haga la limpieza y no para que tú vengas a manosear el piano. ¡Ocurrencia!

-¡María!- llamó a su madre.

-¿Señor?- contestó alguien saliendo de uno de los cursos.

-Ven. Mira lo que hacía tu hijo... ¡maltratar el piano! Tienes que cuidar en mejor forma las cosas de la Escuela, porque de lo contrario cualquier desperfecto que tenga serás tú la que pague.

-¡Guá! Si este chico no sabe entrar señor –trató de disculparlo- Qué mismo has creído pues para hurgar el piano, acaso es de vos llockalla? Ahura vas a ver!...

-Bueno. Que ésto no vuelva a ocurrir, porque sino voy a tener que ponerle llave a la puerta y en el tiempo en que yo esté presente harás la limpieza.

-Mejor sería también señor.

En efecto, como Mauricio continuara haciendo de las suyas, a los dos días el Director procedió a asegurar la Clase de Música, no sin antes advertirle a María que tuviese cuidado. A partir de entonces el Director, tenía la paciencia diaria de esperar que la portera terminara de asear esa clase, para ponerle llave personalmente e irse tranquilo. Sin embargo esa medida no constituyó un obstáculo para el chicuelo, porque igual se escurría a través del vidrio roto de la puerta que estaba tapada por un cartón que, no ofrecía resistencia a sus primeras manipulaciones; una vez adentro, el piano se encargaba de darle el colerón a su madre; oírlo y correr toda desalada, escoba en mano y profiriendo gritos, era todo uno; ya en la puerta sin tener como entrar, le pedía a Mauricio que saliese, como no obtenía resultado alguno le amenazaba con propinarle una tunda de dios padre, nada; y por mucho que le recalcase que por su culpa la echarían del cargo, Mauricio, sordo como un mercader, continuaba chapaleando el piano hasta que su madre se iba. Considerando que lo practicado ya era suficiente, se disponía a salir, para ello tomaba sus debidas precauciones, porque sabía de sobra lo que le esperaba; se acercaba sigilosamente a la puerta, atisbaba a todos lados y asegurándose de que su madre no estaba cerca, salía por el estrecho boquete, cabizbajo y estirándose como un felino, momento en el que, generalmente, le cogía para zurrarle la más reverenda de las "cueras" que madre alguna haya propinado nunca a su retoño. Era la más solemne de las zarabandas. Entre grito, llanto y contorsiones pedía perdones comprometiéndose formalmente no desobedecerla jamás. Vencida por la convincente sinceridad de sus palabras, la madre cedía y dejaba de castigarle, hacía que colocase el cartón

inmediatamente y todo quedaba en paz, como si nada hubiese ocurrido. Pero era del todo difícil para ese chicuelo no volver a reincidir en lo mismo. Se diría que sin pensar en el piano, sin ver el piano, sin tocar el piano no podía pasarse un solo instante, por eso es que durante el día permanecía sentado frente a la Clase de Música, tristongo y pensativo, escuchando atentamente lo que tocaban y planeando para sus adentros la nueva incursión. Total todo era cuestión de sacar el cartón de la puerta y escabullirse por el hueco, sentarse en el taburete y tocar, tocar todo el tiempo que quisiera aunque esa fuese la última vez que lo hiciese y viniesen las palizas que viniesen después. Y así, el rato menos pensado la descuidaba a su madre y otra vez se escurría a la clase. Era inútil, imposible evitarlo, parecía tener al demonio de la impaciencia en el cuerpo.

De algún modo el Director al revisar la puerta se daba cuenta de que aquello no andaba tan seguro como esperaba. Y con el fin de cerciorarse se aparecía de improviso en la Escuela. ¡Justo! cuando el piano hacia escuchar alegres compases que se esfumaban súbitamente al advertir su presencia; Mauricio, sin saberse como, se hacía polvo en un segundo y no asomaba las narices en su casa, o lo que es lo mismo en la Escuela, durante días íntegros, hasta que creía que el enojo del Director había pasado. De todos modos, estos incidentes repercutían desfavorablemente en su madre:

-Mira María -reventaba-, ya más de una vez te he prevenido que evites el que tu hijo continúe con sus picardías, no obedeces, no cumples mis órdenes, voy a retirarte ahora mismo del cargo...

-Pero, señor Director, yo no tengo la culpa, tanto ya le hey dicho de a buenas y de a malas; no me hace caso, a mi ya me duele seguir pegándole tanto, qué voy hacer? Al fin yal cabo no lostá haciendo nada el piano.

-Claro, a tí te parece muy correcto todo eso. Sin embargo, es necesario que lo evites de cualquier manera. Esta es la última vez, oyes? I-a ú-l-t-i-m-a . v-e-z que te lo digo ¡Caramba con esta gente...!

III

Tanta bilis ya se había tragado el Director por causa de Mauricio, que no estaba dispuesto a tolerar mayor atrevimiento. Hombre de ideas antañonas, burgués como el que más, le parecía inconcebible el que ese chicuelo aspirara a ser algo que sólo estaba reservado a su "clase", a "su círculo social". Pero ya vería la forma de sentarle el juicio, de cortarle las atrevidas alas a ese "llockalla" con pretensiones de artista...!

En fin, el tiempo que todo lo compone fué arreglando las cosas de la mejor manera posible. Un día en que el Director estuvo decidido a darle tres buenos rebencazos como último recurso, Mauricio ya no apareció en la Escuela. Era, precisamente, la vez que se había inscrito en la Academia de Bellas Artes, para estudiar piano, porque a Dios gracias, ya sabía lo suficiente como para seguir cursos de perfeccionamiento. Se costeó los estudios trabajando de canillita en la zona de Chijini y siempre pudo ahorrar algún dinerillo para darle a su mamá. El Director ignoraba estas buenas nuevas y como desde ese día y los subsiguientes experimentó un desahogo reconfortador, sin la inquietante presencia de Mauricio, llegó a olvidarse de él. Solo María seguía preocupándose, pero no le decía nada ni le preguntaba donde iba. Toda su creencia estaba en que se perdía de la casa, por las palizas diarias que le daba a consecuencia del piano y como era su único hijo, prefería tenerlo afuera, sin malos tratos, porque su corazón de madre le decía que no era mal inclinado. (¡Hay, sin embargo, quienes creemos que los pobres y humildes no han nacido sino para los corrientes y bajos menesteres de la vida, sin pensar que también tienen sus aspiraciones, sus caros ideales, que nuestros ojos, humanos ojos de mezquindad y egoísmo quieren verlo todo empañado!).

IV

Durante sus estudios no deja de ser el mismo muchacho, tenaz, ávido y entusiasta por saber cuanto podía servirle en el futuro; ello le valió más de una honrosa distinción como al primer alumna de su curso, y lo que es más, una beca a Europa, donde viajó a perfeccionar sus conocimientos. Regresa al cabo de dos años, tras una brillante trayectoria artística que puso de relieve su innato talento musical. A decir verdad, Mauricio, ni en el más ambicioso de sus sueños se había imaginado un viaje tan maravilloso como ése. Era, empero, el justo premio a las calladas tribulaciones de su madre, a sus propias angustias y a su inquebrantable espíritu de niño, cuando venciendo tantos contratiempos, todo inquieto y temerosa, tecleaba desesperadamente aquel viejo piano, único amigo que comprendía sus ilusiones y recibió sus primeras lágrimas de dolor, con ternura y cariño fraternales. ¡Ah, como vivía en su mente, la vetusta escuelita de la calle Aspiazu, agolpada de tantos recuerdos llenos de tristeza de nostalgia y colorido a la vez!
……

-Y así aprendía a tocar piano?

-Sí. En la Academia ha estado pues ese "llockalla" en su traza!

-No cree usted, señorita Riverín, que la suya en su condición de niño huérfano y pobre, es una hazaña digna de imitarse? Otros muchachos a su edad con tantos obstáculos, habrían desechado sus propósitos.

-Posiblemente, pero no comparto su manera de pensar.

-Yo, al contrario, me complazco en tener por colega a un maestro que se ha forjado a sí mismo, en el trabajo honrado y el sufrimiento, y ha sabido llevar adelante sus aspiraciones hasta verlas coronadas por el triunfo.

Mientras así hablaban, apareció por la puerta principal de la Escuela un hombre de mediana estatura; muy atento con todos. Vestía corrientemente y parecía tener algo menos de treinta años.

-Buenos días -saludó al acercarse a las maestras.

-Buenos días -contestaron ambas.

-Está el señor Director? -preguntó.

-Todavía, dijo una de ellas. Nosotras también lo estamos esperando.

-Por lo que veo, son ustedes maestras nuevas en la Escuela.

-Sí -respondieron.

-Mucho gusto, entonces. Un colega, Chuquimia para servir a Uds.

-Tanto gusto, Esther Valdivia.

-… Riverín, a sus órdenes.

-… Riverín? no es usted la señorita María Luisa Riverín?

-Sí, señor profesor, la misma...

-… Y ya no me reconoce, señorita?

-No. Quién es usted?

-Yo soy Mauricio, Mauricio Chuquimia pues señorita, el hijo de la portera de la Escuela donde su abuelito era Director...

-Ah! ya caigo, "usted" es el Mauricio, aquel "llockallito" que era de la María...

-Sí, señorita, soy él.

-Aaahá!

Y el diálogo quedó ahí, seco, hostil, sin que ninguno de ellos pudiese romper el pesado silencio que se había producido. Sin mayor comentario Mauricio se retiró cortésmente, con un atento "permiso", al que solo respondió la señorita Valdivia.

-A éstos de "baja ralea", siempre les queda algo de lo que son. Mire lo vulgar que es -dijo todavía la dama, subrayando sus primeras palabras, mientras Mauricio se perdía entre los niños que empezaron , rodearle cariñosamente.

V

Pedro Huanca de regreso a su casa, repasaba todo esto al tiempo en que se confundía con esa masa heterogénea de gente, que colmaba la populosa Avenida Buenos Aires. Y sentía dentro de sí una satisfacción sin límites por aquel maestro, que había sabido elevarse por sobre todos los prejuicios. Y era capaz de decirlo a voz en cuello que esos hombres de "baja ralea", serían mañana el más palpitante reflejo de nuestro engrandecimiento.

La Paz, 1955.

¡SUMAC ORKO!

Díptico soberbio
donde rompe el Inti
su carcaj de luces.
Milagrosa sinfonía pentatónica
de pentagramas ondulantes,
como surcos promisorios
que pasean nostálgicas llamas;
mientras brotan notas místicas
de litúrgicos cantares
en la faz augusta
de la Villa Imperial.
¡Sumac Orcko!
Geológica armonía de vértice altivo.
Pachacamac así te hizo
todo orgullo,
madeló tu alma, tu ser y tu sino,
mezclando en tus rasgos,
aríscas líneas de vicuña casquivana,
de Vestal Indiana: hermosura
de Thunupa: abolengo.
y amasó tu cuerpo eternal
con seráfico aguacero

de luceros matinales,
con el polvo rosicler
de otoñales tardeceres,
... y munífico,
en tus venas puso
copagira y lampos de planta,
reciedumbre de piedra,
-y en piedra majestuosa-
apostura patriarcal!
Luego,
El Dios Kolla, de los Montes Señor,
puso en tu testa,
parda gola de Cóndor Joven
para convertirte en el Inca Sempiterno.
Y eres INCA ¡Oh, Sumac Orckol
Lo dicen
Consejas y Leyendas,
Mama-Ckoya en los tristes socavones,
las pircas centenarias de Cantumarca,
Lo dice
El Capac Divino desde el risco tremebundo
de San Bartolomé.
Tú, eres INCA Sumac Orcko.
Inca con vasallos de atávicos impulsos:
¡los vientos!
rapsodias que glosan rebeldes melodías,
al compás doliente de kaluyos

y de ojotas rumorosas,
narran a los hombres, tus cuitas de amor,
tu ebriedad de gloria.

lNCA de parda gola: ¡PROFETA!
Tú, predijiste a Huayna Capac,
nuestro sino,
en la misma lengua india
que parlaban
Tiempo y Dioses...
Dinos ahora ¡Tonante Auqur!
tu sagrado pronostico lustral:
"Ama ckolcketa apaychajchu
"cay orckomanta,
"chaycka, ñockanchajta...
"¡ñockanchajpaj... HUIÑAYP ACHA-CAMA!
¡Ah, Sumac-Inca!
Pachamamaj munascka churin
Pay gina
mana tutucoj ttanta,
ckollay-puni, ckolckeyquita
ckoya-runay maquisninman
suniyascka yarckayninta
chincachinancupaj!
……
¡Inca redivivo
que te yergues,
peraltado en el Trono de los Andes,
tú, no caes ni sucumbes ¡varonil guerrero!
porque eres arquetipo de una RAZA!

A UYUNI

No se yergüen de tu suelo testas hieráticas y canosas
ni gélidos riscos, ni moles agrietadas,
no hay abismos insondables de siluetas medrosas
ni perfiles fugitivos de montañas arañadas.

No de cumbres ni ubérrimos valles -está surcado-
no de azules lagos ni de ríos cristalinos,
-tu suelo- es tan hosco, tan yerto y tan callado
tan áridos y magros tus solitarios caminos.

En tus tierras hurañas los vientos viajeros
velan el místico sueño de un Dios Legendario
que duerme entre líricos pajonales vocingleros.

Es el Dios Guerrero de alba sayo invernal
que balbuce de las tardes en el mustio Santuario
la parábola india más dulci-paternal.

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz-Bolivia